

El diario rojo de Flanagan

ANDREU MARTÍN
JAUME RIBERA

10



El diario rojo de Flanagan no es, estrictamente, un diario ni tampoco una novela; es un hábil punto de encuentro entre ambos géneros, creado a propósito para una historia singular: ¿Qué ocurriría si Flanagan, el famoso protagonista de *No pidas sardina fuera de temporada*, nos contara sus primeras relaciones sentimentales y sexuales? En *El diario rojo de Flanagan*, el lector conocerá las primeras experiencias del joven detective en este mundo desconocido y oculto, y se beneficiará de toda la información que el chico va recabando y que incorpora a su preciado diario, que se convierte así en un auténtico manual de sexualidad.

Si eres chico, disfrutarás con la historia y descubrirás aspectos fundamentales sobre tu propia sexualidad.

Si eres chica, te ayudará a entender cómo es la sexualidad masculina y hallarás claves para tu relación con los chicos.

Con toda nuestra gratitud a Gemma Lianas y Monserrat Flavià, sin cuya colaboración, entusiasmo y asesoría habría resultado imposible escribir este libro.

No des pescado a un hambriento; enséñale a pescar.
No le digas lo que debe hacer al que te lo pregunte:
enséñale a pensar.

Este diario existe gracias a Carlota, una amiga que conocí en el metro.

Me dijo: «¿Qué te parece si ponemos nuestras experiencias sexuales por escrito en un diario?».

En aquel momento, yo no habría podido imaginar que aquella idea diese para tantas y tantas reflexiones.

Este no es un libro donde se os diga lo que tenéis que hacer.

¡Dios me libre! ¿Qué sé yo lo que tenéis que hacer? Cada quien es un mundo y una circunstancia y yo no soy nadie para deciros cómo debéis llevar vuestra vida sexual.

En todo caso, solo puedo invitaros a que penséis.

Pensad sobre sexo.

Porque el sexo es muy importante.

Como decía aquel: «La mente humana es maravillosa: empieza a funcionar cuando naces y ya no se detiene hasta que te enamoras».

Bueno, pues por eso he permitido que estas confesiones tan íntimas salgan a la luz. Para que no tropecéis en las mismas piedras con las que he tropezado yo...

... U otros jóvenes como nosotros.

Permitidme que copie una parte del prólogo que la prestigiosa escritora Gemma Lienas ha escrito para mi amiga Carlota:

«Cada 14 segundos un/una adolescente se infecta con el virus del sida en el mundo.

En 2002, en España, se diagnosticaron 2336 nuevos casos de sida entre los y las jóvenes de 16 a 21 años.

Cada año, en el mundo, 14 millones de adolescentes dan a luz a un bebé.

Durante 2002 en España, 400 000 chicas estaban en situación de riesgo de quedarse embarazadas.

Cada año, en España, se quedan embarazadas 12 de cada 1000 chicas de entre 15 y 19 años.

Por todo ello me parece necesario que aprendamos a hablar y pensar sobre sexo con la cabeza clara y sin prejuicios».

Y para animaros a que lo hagáis, empiezo yo.

Así es mi vida sexual. Lo digo sin vergüenza (aunque, como veréis, tendría muchos motivos para avergonzarme), porque espero que vosotros también os la contéis a vosotros mismos.

Si lo hacéis, disfrutaréis mucho más del sexo y viviréis mucho mejor.

Os lo aseguro.

FLANAGAN

Capítulo 1

LA CHICA QUE ESCRIBÍA DIARIOS SOBRE SEXO

Habíamos viajado en el mismo vagón de metro, habíamos bajado en la misma estación, pero no me fijé en la chica del cabello corto y castaño hasta que se paró delante de ella el árabe del mono negro y amarillo. Un movimiento extraño. A lo mejor era que no tenía prisa y quería facilitar el paso a los que venían tras él con la lengua fuera. O a lo mejor no. El caso es que la chica tuvo que frenar en seco para no tropezar con él. Pero no protestó.

Decidí no perderlos de vista, por si acaso. Dedicué el cincuenta por ciento de mis neuronas a vigilarlos y permití que la otra mitad continuara rememorando el psicodrama en que me había visto mezclado hacía menos de una hora.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —me había preguntado Jorge Castells.

Encima de la mesa del sótano que utilizo como despacho, había un montón de fotografías donde se veía a su novia, Jenny Gómez, paseando abrazada y sonriente, pasándosele pipa con Guillermo Mira, también conocido como *el Mirage*, porque mis compañeras de instituto decían que estaba como un avión, o que volaba muy alto, porque lo veían inalcanzable, y algunas le llamaban *Malaje*, porque bebían los vientos por él y él no les hacía caso. Una de las

bromas privadas (y no tan privadas) de aquellas tontainas consistía simplemente en decir: «¡Mira, mira!», con una entonación cargada de segundas intenciones: «¡Mira, mira! ¡Ji, ji, ji!».

Era el guapo oficial de la clase, y la verdad es que daba un poco de rabia ver cómo todas perdían la cabeza por él. Y Jenny no era nada del otro mundo, pero tenía la nariz remangada y acostumbraba a vestir falditas cortas con tendencia a trepar trasero arriba, trasero que también tenía remangado y redondito. La combinación de estas características le otorgaba los poderes magnéticos que habían imantado a Jorge Castells.

Pero compararlo a él con el Mirage suponía casi un ejercicio de crueldad gratuita. Parecían el original y un modelo a escala reducida.

—Bueno, no sé —le había dicho yo—. Estas cosas... Nunca se sabe. En realidad, aparte de que han salido alguna vez, estas fotos no nos dicen mucho más. A lo mejor solo son amigos.

—Seguro que han hecho el amor —me dijo Castells, dispuesto a inmolarse como un bonzo si le decía que sí—. ¿Han hecho el amor, Flanagan? Di: ¿han follado?

—Y yo qué sé. Yo solo los he seguido por la calle para comprobar si te la pegaba, como me encargaste.

—Me apuesto lo que quieras. El Mirage está... la tiene tan... ¿Tú lo has visto en los vestuarios del gimnasio? —Se había puesto tan colorado que por un momento temí que fuera a ser víctima de un fenómeno de combustión espontánea fulminante de un momento a otro.

Y yo, en un intento de reconducir la vida sentimental de mi compañero, le dije:

—Jorge, ¿no te has fijado cómo te mira siempre Antonia Sóller? Estoy seguro de que le gustas.

—Pero ¡Antonia es fea! —exclamó el muy bestia—. No tiene tetas. ¡Es tan plana que hasta tiene los pies planos!

—Es otro estilo. Pero es muy simpática.

—¡No es como Jenny! ¡A mí me gusta Jenny! ¡Además, ya sabes cómo es el Mirage: saldrá con Jenny dos o tres semanas, como hace siempre, y luego, cuando se canse, la dejará!

—Pues mejor, ¿no? Entonces podrás recuperarla. Ella estará desconsolada y llegarás tú y le ofrecerás tu hombro para que llore a gusto...

—¡Y una mierda! ¡Yo no quiero una tía de segunda mano!

Una hora después, en el andén del metro, recordaba el incidente, y me decía que algo funcionaba mal en nuestra educación. No porque Jorge pensara de aquella manera, claro, que si fuese el único la cosa no tendría ninguna importancia, sino porque la manera de pensar de Jorge reflejaba la de muchos compañeros del insti. Una actitud exigente y despectiva respecto a las chicas, a la vez que desesperada. Quizá también debería incluirme. Más o menos, todos no desenvolvíamos bastante bien en la aventura de crecer, siempre y cuando no hubiera novias, chicas, enamoramiento, sexo o perspectivas de sexo a la vista. Entonces, nos convertíamos todos en Jorge Castells. Estaba claro que determinadas hormonas interferían con las neuronas, porque si no, no se explicaba.

Meforcé a librarme de estas preocupaciones para concentrarme en lo que tenía delante. Que, en realidad, era otra chica. El cabello castaño, unos vaqueros lo bastante ajustados como para ver que usaba braguita y no tanga, y una mochila de color mostaza a la espalda.

Al llegar a la escalera mecánica, otro árabe, un muchacho joven y bajito, hizo una maniobra parecida a la que había hecho poco antes el hombre alto del mono negro y amarillo y se colocó justo detrás de la chica. Entonces, entendí lo que estaba ocurriendo. Dos movimientos repentinos alrededor de una misma persona (o quizá debería decir alrededor de una misma mochila), y una relación clara entre

las dos personas que los habían hecho ya suponían una coincidencia excesiva.

Y, efectivamente, en lo alto de la escalera, el árabe alto tropezó. La chica, arrastrada por el movimiento imparable de la escalera, topó con él y, de forma inevitable, la nariz del otro magrebí se clavó contra la mochila color mostaza. El efecto dominó provocó cierta confusión de choque en cadena.

Todo fue muy rápido. Un visto y no visto.

Empecé a abrirme paso escalones arriba, a empujones, entre un rosario de «perdone», «disculpe», «es que tengo que llegar al baño cuanto antes», mientras procuraba no perder de vista al muchacho moreno y a la chica de la mochila, entre los que se había producido un breve diálogo. Seguro que la chica se disculpaba por el tropezón. Encima.

Continuaron andando los dos, por separado, en la misma dirección porque, en realidad, no había otra posible. La chica se adelantaba y el magrebí se rezagaba. Cuando enfilábamos una especie de vestíbulo subterráneo yo ya iba pisando los talones del chico.

Pasamos junto a dos guardias de seguridad que sujetaban con firmeza a unos perros ansiosos por devorar al primer pasajero sin billete que pillaran, y atravesamos las puertas automáticas. Ahora ya estábamos en un largo pasillo que conducía a la escalera de salida.

Me pareció que había llegado el momento.

Un salto adelante, agarré al muchacho árabe del brazo y lo arrastré a un rincón.

Soltó una exclamación en su idioma, pero no se resistió mucho más. El factor sorpresa tiene estas ventajas. Cuando quiso darse cuenta, estaba arrinconado, yo le cerraba la huida y los dos habíamos empezado a gritar.

—¡La cartera! ¡Dame la cartera de la chica!

—¡Qué cartera! ¡Yo no tengo cartera!

—¡Que me des la cartera!

—¡No tengo cartera!

Tenía miedo de que me agrediera. Era pequeño pero cargaba con toda la furia que proporciona la miseria.

—¡Nos van a oír los guardias y van a venir con los perros! —lo amenacé.

Se le pusieron ojos de animal acorralado y, temblando de furia, sacó la cartera del interior del anorak y me la entregó. Un monedero rojo, de tela, hinchado de papeles y documentos y dinero, o no sé qué. Me dio un empellón y se alejó sintiéndose acusado por las miradas de quienes nos rodeaban. Al alejarse, gritó, como si me escupiese a la cara:

—¡Racista! ¡Que eres un racista!

Al pasar junto a la chica, justo cuando ella se volvía para ver qué pasaba, le aclaró, sin detener su carrera:

—¡Racista! ¡Me ha pegado!

Por fin pude ver a la chica de cara. Una cara ovalada, con rasgos marcados que denotaban personalidad, unos ojos marrones que me freían con airadas descargas eléctricas y unos labios un poco carnosos —tal como se entendía este término antes del invento de la silicona— que contenían apenas la tentación de expresar el desprecio que yo le inspiraba con un insulto muy contundente. Era obvio que no se había enterado de nada.

Por si no quedaba lo bastante claro, hizo un gesto con el brazo para enviarme a tomar por saco. Después, reemprendió la marcha, más de prisa, como decidida a poner distancia entre ella y alguien tan asqueroso como yo.

Lamenté que una chica tan guapa me tuviera en aquel concepto. Eché a correr y la atrapé cerca de la escalera mecánica que llevaba a la calle.

—¡Eh, tú! —le dije.

Experimentó una sacudida a causa del susto y me miró con más miedo que asco. No me atreví a agarrarla de la manga para retenerla, aunque estaba seguro de que el cuerpo le exigía una huida inmediata a velocidades super-

sónicas. Lo habría hecho si no hubiera descubierto que yo llevaba su cartera en la mano.

—Es que te han robado esto.

Se quedó petrificada. Necesitó un par de segundos para asimilar la información y empezar a considerar los acontecimientos desde otra perspectiva.

—Pero ¿cómo puede ser...?

Se descolgó la mochila de color mostaza y descubrió que la llevaba abierta.

—... Ese chico te la había quitado. Es tuya, ¿no?

Cogió la cartera.

—Es mía, sí. Gracias. —Aún no estaba convencida del todo. Me daba las gracias para quitármelo de encima, como cuando dices «no, gracias» a un mormón que quiere darte la vara.

—Te la ha robado allí, en la escalera mecánica. Cuando el que iba delante de ti ha tropezado y tú has chocado con él. Entonces, el otro, ese muchacho que acaba de huir corriendo, ha aprovechado la confusión para meter la mano en tu mochila. Es un truco muy común.

Por fin, se le relajó un poco la expresión. Intentó una sonrisa:

—¿Y tú le has reclamado que me la devolviera?

Hice una mueca que tengo ensayada y que casi siempre da buen resultado con las chicas.

—Sí. Pero he esperado a que no estuviéramos cerca de los guardias, para que no lo... Ya me entiendes, para que no lo detuvieran. Ya sabrás eso de que nadie viaja en patera para chorar una cartera.

—¡Jo, lo siento! Había creído que... No sé. Que le estas...

—Ya, ya lo sé —dije, con otra mueca. Y entonces, imité al árabe—: «Racista, me ha pegado».

Se rio y puso cara de «qué burro eres», y eso siempre es buena señal cuando se trata de una chica. «Haz que se ría y será tuya». Era aproximadamente de mi edad, dieciséis,

diecisiete, y, ahora que se le había suavizado la expresión, me pareció aún más guapa.

—Me llamo Juan —me presenté antes de que se le ocurriera despedirse de mí.

—Y yo, Carlota.

No nos dimos la mano ni besitos en las mejillas, como suelen hacer los adultos en cuanto se les presenta una oportunidad. Estuve tentado, pero me pareció que no procedía. En lugar de eso, empezamos a caminar juntos en la única dirección posible, la salida a la calle.

—¿Y qué haces? —le pregunté.

—Primero de bachillerato.

—Yo, segundo. —Y el bocazas de Flanagan no pudo evitar el añadido—: Bueno, y también hago pequeñas investigaciones privadas.

—¿Investigaciones privadas?

«Ay —pensé arrepentido—, ahora te meterá directamente en la carpeta de fantasmas». Pero ya estaba dicho, así que había que continuar.

—A pequeña escala. —Con esa especie de falsa modestia que canta de lejos—. Bueno y a veces a gran escala, porque me he visto metido en unos follones... En realidad, mis amigos, los que me conocen, me llaman Flanagan.

—¿Flanagan? —Le hizo gracia—. ¿Ah, sí?

—Sí. Bah, es que me gustan mucho las novelas y las películas policíacas...

—A mí, sobre todo me gusta leer.

—¡Ah!

Según la clase de libros que leyera, no íbamos a tener mucho tema de conversación, así que insistí en el tema cinematográfico.

—¿Has visto *Fargo*?

—No.

Ya habíamos salido a la calle y yo andaba adaptando mi paso al suyo. No sabía adónde iba. En realidad, me dejaba llevar por ella.

—¿Y has visto *El juramento*?

—¿La de Jack Nicholson?

—Efectivamente.

—Sí. Sí que la he visto. Es la adaptación de una antigua novela de Dürrenmatt, *El juez y su verdugo*. La leí en una edición antigua que tiene mi madre, que por algo es bibliotecaria. Era un libro muy bueno.

—Y también está muy bien Nicholson, aunque a veces sobreactúa y hace demasiadas muecas. ¿Y sabes cuál me gustó mucho, también? *Shiner*, con Michael Caine, ¿la conoces? Ostras, Michael Caine hace de un viejo mafioso que tiene un hijo y se le ha metido en el tarro que su hijo sea boxeador, y en seguida se ve que el hijo es un pobre desgraciado, que no tiene ni media bofetada y que nunca llegará a ninguna parte como boxeador, pero su padre se juega todo lo que tiene, todo, porque él también es un desgraciado, arruinado, y no tan importante como parecía al principio... Es cojonuda.

Carlota se detuvo ante el escaparate de una pequeña papelería de barrio.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Aquí.

—¿Aquí? —Afligido porque aquello parecía marcar el final de nuestro trayecto en común. Había llegado el momento de la despedida para siempre a menos que, dentro de unos años, coincidiéramos en el mismo geriátrico.

—Sí. Voy a comprar una libreta.

Dediqué unos segundos a dudar y a recordar mentalmente frases famosas del tipo de «El mundo es de quien lo intenta», o «El *no* ya lo tienes», o «Las chicas perdonan siempre al que lo intenta, a quien no perdonan es al que no lo intenta» y otras parecidas y aún más absurdas. Y, después de hacer acopio de tanta sabiduría popular, y en lugar del «Eh, si me das tu teléfono a lo mejor podríamos vernos otro día» que tenía planeado, me salió:

—¡Ah!, pues entro contigo. Yo también tengo que comprar un rotulador.

No puso mala cara. Más bien diría que mi iniciativa le pareció bien.

Detrás del mostrador de la pequeña y caótica papelería había una señora neumática, mayor y con gafas de vista cansada, como las que usa mi padre. Carlota le pidió una libreta de tapas rojas, cuadriculada y de espiral. Con tantas indicaciones, me pareció que aquella chica sabía muy bien lo que quería. ¿Sería igual de precisa en materia de chicos?

La señora revolvió las estanterías y sacó una libreta de espiral pero de tapas azules. Debía de ser daltónica.

—No, no, señora. No la quiero azul sino roja. ¿No tiene?

—Ay, sí, nena. Qué cabeza la mía.

Un diálogo muy normal, como veis. Pero todo cambió de repente cuando (¡atención!). Carlota añadió:

—La necesito roja porque la quiero para escribir un diario sobre sexo: el diario rojo de Carlota^[1].

Suerte que no me estaba mordiendo las uñas porque, si no, me como la mano. ¿Qué había dicho? ¿Qué quería escribir un diario sobre sexo? ¿Aquella chica tan guapa, con, eh, aquellos pechos y aquella cintura que apetecía tanto abrazar y aquella sonrisa, decía algo así tan tranquila, en mi presencia? Se me había puesto cara de cardiópata en pleno ataque y tuve que hacer un esfuerzo titánico para recomponer el gesto de hombre de mundo.

—Allí escribiré todo lo que averigüe sobre el sexo y todo lo que me pase por la cabeza —insistía Carlota, por si no había quedado bien claro.

«Adelante, Flanagan, no te arrugues».

—Ah, pues buena idea —dije.

—Y escribiré lo que he aprendido hasta ahora, lo que pueda aprender en el futuro, lo que pienso, lo que hago...

—Tus experiencias.

—Mis experiencias, sí.